LA VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA LITERARIA, ARTÍSTICA É ILUSTRADA

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Marzo 6 de 1898	Núm. 34

Director y Redactor	Secretario de Redaccion	Administrador
RAFAEL J. FOSALBA	EDUARDO GANDOLFO Dirección y Administración: calle 25 de Mayo 427	JOSÉ VIDAL

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Cármen Cuestas.

(Fotografía de Fitz Patrick)

SUMARIO

TEXTO— *Musas políticas,* por Emilia Pardo Bazán— *Espectral,* poesía por Luis Vega Belgrano—*La muerte de una madre,* artículo de Juan Montalvo por Dalmiro Cordonez y Martínez—*Amorosa,* poesía por Cárlos Roxlo — *Nieblas,* poesía por Ubaldo Ramón Guerra—*Máscara de las cien caretas,* por Francisco Caracciólo Aratta—*Episodio histórico,* romance por Nicolás N. Piaggio—*Lo que dicen las campanas,* por Nicanor Bolet Peraza —*Mis primitas,* poesía por Vicente Magallanes — *China,* por Américo S. Mancebo—*Komm zum felde,* poesía por Werther—*El libro,* por M. D. V.—Notas.

GRABADOS— Galería de bellezas montevideanas: señorita CÁRMEN CUESTAS, fotografía de Fitz-Patrick, grabado de Emilio A. Coll.

MUSAS POLÍTICAS

Prescindamos de discutir la alianza franco-rusa, que algunos tienen por un ente de razón ó duendecillo, más que por cosa efectiva y real; no nos metamos tampoco á hacer aplicaciones, á insinuar que nos convendria mucho, en las actuales circunstancias, ser la tercera persona de esa «doble», de problemática existencia, y colocar entre el oso y el gallo nuestro herido león; demos por cierto sólo lo evidente: que si no existe tal alianza de la República y el Czar, cuando menos una vivísima simpatía y una amistad declarada une á las dos potencias, tan diferentes, tan opuestas mejor dicho, en raza, carácter, costumbres é instituciones; y reconozcamos que á tal amistad no han contribuido poco las musas zurcidoras de voluntades eslavas y francesas desde hace tiempos.

Si bien he dicho que renunciaba á hacer aplicaciones, una me sale al paso: no será España, de fijo, la que se agarre al flotante peplo de las musas para captarse simpatías en Europa. Y cuenta que en esto, persuadidos de que afirmamos nuestro españolismo, no hacemos más que renegar de la tradición. Nos hemos pasado lo mas florido de nuestra juventud—España, desde el último período de la Edad Media hasta la decadencia del Renacimiento, fué jóven; ahora es cuando vuelve á la infancia—exportando é importando, tomando prestado lo ageno, y enviándolo otra vez allá, bizarramente, ataviado á la española. A Italia le pedimos sucesivamente su Dante, su Petrarca y su Boccacio; á Francia le remitimos las «Mocedades del Cid», de Guillén de Castro, y nos devolvió á Corneille y después á Victor Hugo. La historia de estas influencias se ha escrito. Y resulta que no hay nación que no esté en peligro de que en la calle la desnuden. La diferencia entre España y Francia, en tan delicado punto, es que nuestros vecinos, algunas veces, confiesan con una franqueza y afabilidad q' les cae en gracia y les sabe bien, lo que se guisa fuera, llegando á reconocer y declarar que aprovechan á la salud literaria los aires extranjeros, en cierta medida prudente. Nosotros, ¡quiá! Antes estériles que confesores.

Una tentativa leal y paciente de asimilación de la literatura rusa, ha contribuido —¿quién podria decir hasta qué punto?—á traer al último representante coronado de la raza de los Romanoff, el soberano de derecho divino, rey y pontífice, á hollar respetuoso el pavimento de Paris, ese pavimento acostumbrado á trepidar y arder al volcánico impulso de las revoluciones. No creerá tal vez el autócrata—y cuenta que estos autócratas de ahora están desconocidos—que sin notarlo seguian sus pasos los refractarios del tiempo de su Nicolás I y Alejandro II; los desesperados de Siberia, los que temblaron de frío y de dolor bajo el *Knut* en las minas, los que molieron yeso en presidio, los que para comunicarse en las mazmorras tuvieron que pegar el oido y la boca á la hedionda tuberia del alcantarillado; los que imprimieron clandestinamente incendiarias proclamas; los que socavaron la mina bajo la calle que cruzaban los fogosos caballos y los brillantes trenes de la comitiva imperial; los que hicieron saltar los *rails* del camino de hierro para descarrilar el tren; los que amontonaron explosivos en los cimientos del comedor de palacio; los que desertando de las filas de la aristocracia *fueron al pueblo* transidos de amor por los oprimidos y los miserables del terruño; los que pusieron el rewólver y el puñal en manos de las tímidas vírgenes; los que crearon el pavoroso *comité ejecutivo* que sentenciaba en la sombra y ajusticiaba á la luz del dia, en medio de las plazas, con el fatalismo del delincuente político que se juzga mártir y santo;--y sube á la horca como subiria al cielo!

¿Verdad que todo esto parece muy anticuado y suena á la leyenda de otros siglos? Pues ayer sucedia; quince años ha que cayó el Czar herido de muerte por las bombas nihilistas; diez que empezaron á aquietarse los espiritus y el Gobierno ruso á atraerse por medios conciliadores á los revolucionarios.

En 1886 todavia conoci y traté en Paris, entre otros varios, á cierto ruso refugiado, que pasaba por uno de los tres individuos del célebre comité ejecutivo que preparó el czaricidio. Era un gigantón instruidisimo, buen escritor, indiferente del todo á la vanidad literaria; místico exaltado, capaz de estarse cinco horas seguidas hablando de religión y del «más allá»; de carácter piadoso y humilde, un barbal por cabellera y unas lanchas por botas. A poco, como el emigrado y su familia perecian de hambre en Paris hizo las paces con el Gobierno moscovita,

La esposa y los hijos pudieron más que el fanatismo y el ideal; tal vez se convenció de que los paises con derechos políticos, libertades escritas y una sopladisima Constitución, no son menos duros para el pobre que los paises autocráticos.

Los negros inviernos parisienses, los suicidios por el carbón de piedra, debieron hacer reflexionar al discipulo de León Tolstoi. Volvió á la legalidad, é hizo bien. Por su parte, la policia rusa se habia amansado, y las varas ya no escribian pentágramas rojos sobre las espaldas desnudas.

Del gran movimiento nihilista fué intérprete y heraldo una literatura intensa y rica, tan aplaudida en Francia como si harmonizase perfectamente, y no harmoniza ni miaja, bien lo sabe Dios, con el génio claro, retórico y algo egoistamente pagano y formal de las letras francesas. Pero ahi topa el don de simpatia, lo que llamaria don Juan Valera el *panfilismo*; eso es lo que por acá no sabemos hacer, porque siempre llevamos puesto y sujeto á la costillas el entablillado aquel de Sancho en sorpresa de la Barataria: una armazon rígida que nos aisla. Adaptarse es funcion natural de un pueblo que, si le consideramos como á un individuo, debemos calificarle de crítico eminente y de sutil catador; pueblo hospitalario, más con el cerebro que con la casa y bienes. Antes que el Czar entrase pisando flores, le habian precedido los grandes escritores rusos, Gogol, el cervantesco; Turgueneff, el gran poeta en prosa; Tolstoi, el teósofo humanitario; Dostoyeuski, el loco; Chedrini, el satírico; Gontcharof, el somnoliento, y Baskkirtseff, la sincera y la insubordinada, tal vez el alma más eslava de todas, más original, por lo mismo que era una alma femenina. Estos, sin exceptuar al mismo Turgueneff, que bautizó al partido, son otros tantos nihilistas; nihilistas políticos, nihilistas literarios ó nihilistas sociales; formas diversas de esa afeccion morbosa que en el terreno de los hechos históricos se reveló por la dinamita y por el puñal, y en el de las ideas por la propuesta contra el régimen autocrático y por el deseo latente ó patente de una Rusia nueva, libre de distinta manera que las demás naciones, una Rusia donde preponderasen los humildes y la tierra perteneciese al hombre, al labriego, sin leyes ni trabas.

De aquí nació una literatura demoledora que fué preciso perseguir, y que acosada[s] en Rusia, vino á encontrar, en las orillas del Sena, admiradores y propagadores de su fama. Cualquiera pensaria que al recibir en palmas á los escritores revolucionarios y á los refugiados politicos, Francia jugaba una mala partida á los que en Rusia representan el principio de autoridad. Los

hechos han demostrado cuán facilmente yerra el que confunde las matemáticas con la política, y juzga á los pueblos más sutiles, mas enérgicos de lo que realmente son. Francia, con un eclecticismo digno de Voltaire—puesto que al fin el nihilismo ruso transije con la autocracia, su verdadera madre—Francia se ha sabido integrar lo que distinguieron las circunstancias, no ve oposición entre los literatos ilustres á quienes ensalza calurosamente y que han influido en su cultura y en su evolución literaria, y el jóven Emperador que encarna el país donde nacieron esos mismos literatos. No gritarán las multitudes al paso de este Czar Nicolás, que solo en el nombre se parece á su antecesor, el terrible *Czar de hierro*, el fiero opresor de los polacos; no gritarán, repito, ¡viva Tolstoi! porque no es costumbre aclamar al génio, y, sin embargo, esté seguro el que fué huésped de la República que de algunos vitores de los que resuenan en sus oidos, tal vez los más entusiastas, son eco de una lectura de *Las almas muertas* ó la *La Sonata de Kreuizer*.

EMILIA PARDO BAZAN.

Madrid, Enero 20 de 1898.

ESPECTRAL

INÈDITA

I

¡Oh Musa del dolor, triste y sombría!
Con tu negro sayal, mustia y doliente
Ven á entonar la harmónica elegía
En mi lira de bronce reluciente.

Mí jóven corazón está abatido,
Y donde el ideal me embelesaba,
Solo queda à un escombro reducido
Mi palacio fantástico que amaba!

Debes cantar el funeral severo
Que reclama mi amor que se derrumba,
Y con acento ronco y plañidero:
"¡Descansa en paz!", decir junto á su tumba!

Debes venir y derramar tu duelo
Donde en un tiempo se crearon flores,
Donde guardé mi celestial consuelo
Y hoy guardo nada más que sinsabores!

Triste lugar, en el que cuida el alma
Las inútiles glorias de mi vida;
¡Triste lugar, donde la hermosa palma
Que en mis triunfos logré, quedó perdida!

Triste lugar, en el que el sol no brilla
De mi robusta juventud de antes;
¡Triste lugar, donde dejó su arcilla
El pasajero bien de los amantes!

. . . .

Junto á una humilde cruz del cementerio
Se ve á un hombre infeliz, juntas las manos;
Cubre su faz escuálida el misterio
Y ruega á media voz por sus hermanos!

Es jóven, y corona su cabeza
Un nimbo de apagados resplandores;
Su lánguida expresión es de tristeza,
Su frente la contraen los dolores!

¡Oh Musa del dolor! ven, que te cuente
Ese espectro mis íntimas congojas;
Luego iremos al bosque, ahora silente,
Donde la tierra está cubierta de hojas!...

Allá está una mujer! Miràd que quieta
Sobre un marchito tronco está llorando;
Sigue el monte después, y ¡ay! la secreta
Lucha de esa mujer me está inquietando.

¡Oh Musa del dolor! ven, que nos diga
Esa huérfana niña sus pesares,
Infeliz como yo, su mal me obliga
A juntar con mi pena sus azares!

¡Oh Musa! Allá en la selva adormecida
Parece alzarse algùn hogar muy pobre,
Debe estar una madre allí afligida
Dando á sus hijos pán, pero salobre!

¡El pan no falta porque Dios lo envia!
Mas, génio del dolor, dame tu acento
¡No puede conformarse el alma mía
Porque el pan no mitiga el sufrimiento!

-llá vá con su báculo el anciano;
Vamos á interrogar su pesadumbre:
Que nos diga en qué barca el oceano
De la vida cruzó, y con qué lumbre!

El triste vencedor de la jornada,
Decrépito, jadeante y somnoliento,
Dijo al mirarme, con su faz turbada:
"¡La barca del dolor fué mi elemento!"

Y empezó á resonar enronquecida
En mi lira de bronce reluciente,
La canción de mi Musa, interrumpida
Por el himno del alba en el oriente!

JOSÉ LUIS VEGA BELGRANO.

Guatemala, Enero 22 de 1898.

LA MUERTE DE UNA MADRE

(ARTÍCULO DE JUAN MONTALVO)

Con supremo deleite moral he leido el articulo que para la revista social «Vida Montevideana» ha escrito el distinguido literato venezolano, Juan Montalvo.

Comprende un tema tan sencillo como hermoso y conmovedor. Y el estilo en que lo desarrolla, correcto y magistral, produce en el espiritu suceptible del lector, una sensación tiernísima, porque hace vibrar la cuerda delicada del sentimiento amoroso y conduce al alma por el templo de santas emociones intimas, extremeciendola de ternura y de melancolía.

¡Algo que nos hace soñar con los benditos ideales de la escuela espiritualista, y que llega hasta el corazón como corriente de célico consuelo, para alejar por un instante siquiera, las brumas de un pesar profundo, al considerar que nos aplasta en esta actualidad desgraciada, el enorme peso de una realidad material y aepugnante, que trasciende à soez positivismo! ¡Si! ¡Algo que invoca altos y generosos pensamientos de una escuela siempre sublime y siempre redentoral

¡En verdad que se siente el hombre relativamente consolado, cuando piensa y comprende que todavia hay quien derrama lágrimas sinceras, en este fin de siglo en que han sobrevivido á la apoteosis de su gloria, escritores y filósofos como Darwin y Zola; lágrimas que brotaban á impulsos de una afección elevada y purísima sintetizada en una madre que deja de acariciarnos para siempre y vá à confundirse en la eterna realidad del no ser!!

El llanto es la expresión del sentimiento humano desgarrado por la fiera del infortunio, cuando brota al calor de un dolor sincero; y era por eso, que los antiguos atenienses cuando moria un ser querido, para revelar el duelo de la familia, hacianlo acompañar hasta la última morada por las *plañideras*, mujeres que tenian el *oficio* de llorar en los entierros. Seria un exceso de vanidad, un lujo de su civilización, representado en una ficción, pero tendia á demostrar el dolor que se sentia en el hogar de la victima.

Hoy, el materialismo es un bàlsamo de pronta resignación. Asi, si muere una persona que deja buena herencia, sus deudos sobrellevan más facilmente la pena de haber perdido un ser querido!! ¡Tanto está de atrofiado el corazón humano, en trés cuartas partes de la sociedad!!!

Hay quien piensa, sin embargo, que el hombre, por el hecho de serlo, no debe de llorar ni conmoverse, y si demostrarse una naturaleza de hierro, para que no lo califiquen de cobarde y afeminado.

Gravìsimo error, que es la consecuencia de la filosofia materialista, de la escuela del estoisìsmo mal entendido.

Los estoicos romanos, que fueron los primeros cristianos, tenian su santuario entre las sombras del misterio, en sus grandes catacumbas y allí derramaban sin duda sus lágrimas de fuegos, para dar desahogo al corazon oprimido y fortalecerlo con la plegaria fervorosa: asi de nuevo podian hacer su entrada triunfal al mundo de los indiferentes, de los insensibles serenos é impàvidos, como soldados veteranos en las diarias batallas de las miserias humanas

¿Quién no llora en la vida, si con breves intérvalos, es un duelo eterno?

¿No dijo Espronceda que al rostro más dichoso lo han surcado lágrimas de dolor? ¿Y cómo no llorar por lo que es sangre de nuestra sangre, alma de nuestra alma; vida de nuestra vida, por nuestros padres, por nnestros hijos, por nuestros hermanos? ¿Pero hay nada más grande, más solemne y más conmovedor que el llanto de un hijo sobre el féretro ó la tumba de su madre? ¿Por qué será? ¡Por que nada hay en el mundo como una madre! ¡Y no sè quien podria explicar bien esa emoción sin haber llorado primero esa pérdida irreparable! ¡Tan inesplicable es el arcano de la naturaleza del espiritu! Montalvo, sin embargo, poderosamente conmovido, trasmite al corazón del lector, como por conducto elèctrico en mágicas palabras, la excelsitud de su emociòn sublime, al contarle á un amigo todo lo que piensa y todo lo que siente, al saber que ha perdido para siempre á su santa madre, ese semidios que palpita en nuestra alma asi en los dias plácidos de nuestras pasa eras dichas, como en las noches tormentosas de nuestras frecuentes tribulaciones; esa blanca estrella que desde el cielo rosado de su amor inextinguible irradia luz brillante è invariable sobre nuestra azorosa existencia, la primera que imprimió en nuestra casta frente, el òsculo más puro de cariño al dar los primeros inocentes gri-

tos en este valle inmenso de penas y aflic ciones y la primera tambien que deposi ta, en el colmo de una angustia suprema, junto á nuestro lecho, el postrer suspiros y la ardiente lágrima con que se nos despide al terminar el parpadeo de la vida! Para conmover hay que estar conmovido; para arrancar lágrimas hay que llorar Montalvo ha estado conmovido y tal vez ha llorado: su elocuencia lo revela. Lo infinitamente grande solo se puede probar siendo infinitamente grande. Nadie puede apreciar la pena del prójimo sin haberla sentido despertarse en su propia naturaleza. La idea sin el calor generador del sentimiento como la planta sin la luz bienhechora del sol: infecunda. Simpatizo del que vierte lágrimas sinceras, cuando en lucha con el destino, cae vencido por el dolor moral; porque el que llora piensa y el que piensa siente y el que siente sufre. Los seres de bronce, los que se colocan frente al infortunio sin que se extremezcan las fibras de su corazón, son unos egoistas huérfanos de la fé, misántropos que viven prendidos à la roca informe de un malvado indiferentismo por el bien común, que los hace olvidar su misión de amar y trabajar sobre la tierra.

Prefiero al espíritu sensible, al poeta soñador y no á la naturaleza de hierro, al filósofo estoico; un suspiro antes que una blasfemia; una lágrima antes que un anatema; el perdon antes que la venganza. Lo justo, lo grande, lo bello, constituyen la escencia del amor, y el amor à una madre, constituye la esencia de lo más justo, lo más grande y lo más bello que cabe en el corazón humano.

Montalvo hace sentir todo esto.

Complementaría su articulo conmovedor con esta esta estrofa melancólica del malogrado poeta Manuel Acuña al recordar á la que habia perdido.

«Mi madre, la que vive todavía,
Puesto que vivo yó.»

DALMIRO CORDONEZ Y MARTINEZ.

Florida, Febrero, de 1888.

AMOROSA

Yo quisiera decir que te adoro
Con la misma pasión que el jilguero
Idolatra à la urdimbre del nido
Que se cimbra en la copa del cebo!

Yo quisiera decir que te busco
Como buscan las nubes al viento,
La gaviota à las playas azules
Y la avispa á la flor del cerezo!

Yo quisiera decirte que envidio
A la flor que agoniza en tu seno,
A la lumbre que rie en tus ojos
Y á la sombra que sigue á tu cuerpo!

Y quisiera decir que soy tuyo
Como es siempre del muro del huerto
La cortina de hiedra que esconde
Sus hondas raices del muro en los huecos!

CARLOS ROXLO.

Montevideo, Marzo de 1898.

NIEBLAS...

Murió cuando las hojas amarillas
Rodaban quejumbrosas por el suelo...
Cuando son desmayadas las auroras,
Y engendran los crepùsculos, misterios.
Cuando tiende en la atmósfera, la bruma
Los grisaceos encajes de sus velos;
Y la suave canción que alzan las ondas
Helada espira en la dormida arena...
Cuando llora el ciprés sobre las tumbas,
Y es pálida la lumbre de la estrella,
Y se abrazan fantasmas impalpables
En la triste región de las tiniablas...
Cuando en el fondo de la selva obscura
El rumor de la brisa es un lamento...
Y hay nidos en los árboles desnudos,
Y en los callados nidos hay recuerdos...
Cuando el broche virgíneo de su alma
Se abría al suspiro de encantados sueños,
Y en los frescos claveles de su boca
Vagaba, palpitante, el primer beso...!
Cuando aprendía el lenguaje sin palábras
Que modula la voz del sentimiento,
E irradiaba la luz de la esperanza
En las pupilas de sus ojos negros...
Murió cuando las flores, sus hermanas,
Se replegaban sobre el cáliz yerto,
Y las hojas marchitas, amarillas,
Rodaban quejumbrosas por el suelo...!

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Marzo 4 de 1898.

Máscara de las cien caretas

¡Te conozco, máscara de las cien caretas, tu no me engañas!...

Mascara de los cien trajes, te conozco!... En el perpétuo Carnaval de la vida presente, en la Saturnal desatada de las pasiones, has cruzado ante mi, muchas veces, pero no me has engañado; no me has engañado jamás!

Yo te he visto revestida con un traje aéreo de tules rosados, sembrado de mariposuelas de oro, y estrellas de plata: irradiando sobre tus cabellos negrísimos una diadema de pequeños astros de diamantes engarzados en montajes de áurea filigrana.... Traias en la mano la varita mágica que abre los manantiales de la Dicha y tu sonrisa era mas dulce que la de la Sulamita Hebrea, cuando recibe al esposo amado, diciéndole el más erótico verso del cantar de los cantares.

Pero, como libélula alada perseguida, huias al próximo contacto del crédulo, que sujestionado por tu belleza radiante, fuera á alcanzar el polvo dorado de tu veste constelada.... y huias.... lanzando carcajadas históricas, hàcia la calle obscura del Desengaño.

Máscara de las cién caretas, yo te conozco!...

Yo te he visto vestida con el sayal burdo del anacoreta, esgrimiendo una cruz, predicando las paràbolas del Cristo hebreo más elocuente que las màximas de Cristua Budhista... pero, no me engañaste! Las palabras salían de tus làbios empujadas por el lucro, y debajo del hábito llevabas escondido el bolson del oro nefando; y tu carne era sacudida por espasmos de lujuria, y tu báculo ocultaba una espada para derramar sangre de hermanos. Yo te he visto hacer de la cruz el martillo con que rematabas à lotes exiguos el cielo y la gloria mentidos á los creyentes.

Màscara de las cien caretas, yo te conozco!.......

Te has revestido con la toga severa de los magistrados, condenaste á la infanticida, y al ladron hambriento, y enviaste al patíbulo al ignorante neurótico degenerado. Pero como yo te he visto compartir el carruaje y la mesa y la alcoba de la querida del millonario negociante del sudor y las lágrimas del pueblo. Yo te he visto seducir á la hermosa obrera para abandonar. la camino del gineceo mundano. Y he visto engullir tu garganta y redondearse tu vientre con el alimento de millares de obreros éticos que te fabrican el rico patrimonio de tu fortuna hidrópica de millones.

No me engañaste, màscara de las cien caretas!

Aquel otro dia de Carnaval estabas hermosa de veras! Vestias el traje jónico que cae en plieges artísticos á lo largo de tu cuerpo estatuario. Sobre tu régia cabeza ostentabas el gorro frígio encarnado y yo te escuché como inflamabas con cláusulas de fuego y al grito màgico de: *Rèvoluciòn*! al pueblo que te escuchaba en silencio para aplaudirte después con frenético entusiasmo.... Y te escuché clamar por las cadenas rotas del esclavo. Y te escuché anatematizar el vicio rojo de la orgía y las cálidas embriagueces del poder y la hartura de los señores ventripotentes.

Pero, luego, he mirado, como entre las sombras de la noche, pactabas con los tiranos: llamabas *evoluciòn* á tus fáciles acomodos con el opresor contra el oprimido. Y te vi acostada en la alcoba de los poderosos, saturada de benjui y de baho de champagne abiertas las blancas valvas de tu cuerpo hermoso, durmiendo sobre blanda almohada de placeres... Y tu gorro frigio de revolucionario lo vi roto, deshecho, arrojado, como el ardiente corazon de un pueblo pisoteado por todos los mandones y acribillado por todos los despotismos!..

No me engañaste, máscara de las cien caretas, yo te conozco!...

¡Cuantos trajes has cambiado en un solo dia! ¡Cuantos papeles variados representastes! Madama Sarah Bernarda, y Maria Guerrero pueden, bien, asistir á tu càtedra

de comediante. Te has vestido de Caridad, con una careta humilde y piadosa, para, presentarte en seguida, ostentando el traje de raso rojo de la vanidad mundana, cubierto con la pedreria fulgurante del poderío,,. Luego, te has encoquetado con el traje radioso del arte y resultaste, en vez de artista inspirado, artífice industríal; vendiendo los colores de tu paleta á peso de oro y las ideas de tu cerebro à peso de brillantes!...

Tu más fuerte papel quisiste representarlo aquella tarde deliciosa en aquel rincon alegre de paisaje... ¿recuerdas?,.. La fuente cercana cantaba con su hilo de agua cristalina no sé qué anacreóntica. Un nido cobijado en la copa de un rosal, dejaba escapar pios de polluelos de calandria. Y tú con tu traje de seda lila, rameado á florecillas, parodia de la Pompadour, con el rostro ruboroso, oprimiéndome una mano, húmedas las negras pupilas de odalisca, me hablabas de Amor, de inmenso Amor, susurrando.......

No pasadas muchas horas, cuando el sol se ponía entre las copas elevadas de los eucaliptus del sendero, veia alejarse tu silueta hechicera al lado de otro amante abrazados del talle, cantando locuelas canciones de cadencias sicilianas....

¡Màscara del Amor, no me engañaste!

Y en tu audacia enorme llegaste á revestirte un día con el traje esmeraldino de la Esperanza y pusiste en tus blondos cabellos una estrella luminosa y me mostraste nuevos horizontes y nueva vida, màs dichosa.,. Pero, yo, sentado al borde del camino que conduce á la meta de la Verdad suprema, no quise escuchar tus cantos de Sirena y te despedi con gesto airado.

Hoy vuelves de nuevo á engañar al mundo haciéndole creer en tus virtudes, en tu belleza, en tus bondades... Florecieron de nuevo los rosales expléndidos en la juventud y estàn àvidos del oxíjeno de los placeres... Vé, ilusiónalos por algunos dias, por algunos años más! Háblales de Dicha cumplida, de la Religión espiritual, de Patria sin mercaderes, de Amor eterno, de Esperanza ideal, de Arte sublime; háblales, transformate, transfigúrate, encanta, engaña al mundo.., Pide al Arte sus hechizos, á la Retórica su galanura, al sofisma sus espejismos irisados... Engaña, engaña...

Haz felices á los que pueden serlo todavía... A mí no me engañaste, máscara de las cien caretas: yo te couozco!...

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Febrero 27 de 1898.

Episodio histórico

Despues de un molesto exámen
Que dió el jóven Sebastian,
Hará como cuatro años
En nuestra Universidad,
Sin conseguir tan siquiera
La nota de *Regular;*
Despues de haberle *cantado*
Gonzalez, todo formal,
Con el semblante sereno
Y voz corriente no más
La nota de *Reprobado*
Inapelable y fatal;
Despues de ahogar en su pecho
La hiel de un tremendo afán
Y zozobras y amarguras
Y la vergüenza además;
Despues de haber sucedido
Lo que acabo de contar,
Se dice que al poco rato
D. Pedro de Sebastian,
Mostrando un valor insólito
Con paso fiero y marcial
Se adelantó hasta la Mesa
Y en un cómico ademán
Dirigió al que presidía
Cubierto de dignidad,
Con dos jueces à su lado
El supremo tribunal,
Estas hermosas palabras
Que á la tradición irán:
—Al santo *boton,* señores,
Me acaban de reprobar,
Son ustedes unos *turcos*
Que pronto las pagarán...
Tal vez hubiese seguido
Así perorando audaz,
Si el presidente X X
Más bravo que Sebastian
No le impusiera silencio
Mandándolo á pasear,
Pues no era sitio de insultos
El paraje donde están,
Que si tiene alguna queja
Contra su nota fatal
Recurra donde le agrade
Pero que los deje en paz.
Ante lenguaje tan sério
Tan altivo y otro tan,
Salió el pobre murmurando
Que era su estrella el matar,
Que los tres jueces sabrían
Quièn era P. Sebastian.
Y se fué, pero á la calle
Con sorpresa general,
Pues que esperaban de verle
Donde Gonzalez, entrar.
Pero si no hubo protesta
Por parte de aquel audaz,
Y las cosas se quedaron
Sin una queja final,
Aunque expulsado el alumno
Por un año sideral
O trópico si se quiere
Que lo mismo se me dá,
Y en el silencio se ahogaron
Los gritos del lenguaraz,
Hubo un hecho en esa historia
Que se debe relatar.

—

Pasaron más de dos años
De aquel suceso especial,
Cuando el señor X X
Se encuentra con Sebastian,
Y lo saluda dos veces
Con toda afabilidad,
Y el estudiante lo mira
Sin hacer una señal
De contestar á saludos
Tan llenos de urbanidad.
Entonces el catedrático
Con una rábia infernal
Pregunta desaforado
Al insultante tenaz:
—¿No me conoce, mi amigo,
De mí no se acuerda más?
—No, señor, no lo conozco
Ni de vista, pero ya...
—¿Con que nó, no me conoce?
¿Y se atreve usté á negar...?
—Le aseguro á usted, señor,
Que lo que niego es verdad.
—¿No se acuerda de X X
Profesor de Q y de A?
—No tengo ningún motivo
Que me obligue á recordar.
—¿Qué?... La gresca se prepara,
Dile, Pedro, la verdad,
Que ya tiembla el catedrático
Y el bastón va á levantar.
Recuérdale que en tu exámeu
Procedistes informal,
Discúlpate como puedas
Ya que en el pantano estás.
—Yo, señor, no lo conozco,
Insiste el babieca, mas...
—¿Y vuelve usted á lo mismo?
—Sí, señor.—¿Cómo, qué, vá
A...?—Darle una explicaciòn
En toda su realidad.
Yo sé que usté es profesor
Por oirlo mencionar
En algunas ocasiones.
—¿Qué?...—En casa.—¿Y allí no más?
—Sí, señor.—¿Pero qué dice?
—No me interrumpa y verá:
Tengo un hermano mellizo
Que va á la Universidad
Y somos muy parecidos
Y usted me confunde, ¿está?
—¿Pero diga, no es usted
Don Pedro de Sebastian?
—No, señor, soy el hermano
Y me llamo Nicolás.
—Perdone, señor.—De nada,
— Lo pase bien.—Por igual...
Y así terminó el suceso
Que pensaba relatar.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

Montevideo, 5 de Marzo de 1898.

Lo que dicen las campanas

JUANA, la heroina de esta verídica historia, era, á los 18 años, como son por lo general las mozas de esa edad: graciosa, presumida, amiga de que los jóvenes le dijeran piropos, que no la dejasen comer pavo en los bailes y sobre todo que no la hiciesen quedar para vestir imágenes.

Con aquellas naturales prendas y estas naturales ganas; no es maravilla que sucediese una cosa tambien muy natural, y fué que Juana se casó. Pero ¡ay! que la incauta doncella; por la prisa que tenia y por no atender à los paternales consejos y cautelosas advertencias de parientes y ami

gos interesados en su bien, fué á dar á manos de un perdis, un tarambana, sin otra recomendación que poder presentar á las muchachas casaderas, sino una cara muy despejada, à causa de la poca vergüenza, y en esa cara un mostacho de esos que por donde quiera que van esgrimiendo sus marciales leznas se llevan ensartados los corazones. En una de las afiladas puntas de aquel aleve ornamento facial quedó prendido el corazoncito de aquesta podre niña, la Juanita de la presente historia.

A los pocos meses de la boda, comenzó el mozo á hacer de las suyas; y todo á un iempo, pues se enamoraba, jugaba y se emborrachaba. A los dos años, faltaba en la casa pan y sobraban malas palabras; por que ha de saberse que el marido de Juana no tenia de fino más que la estampa, siendo en manera y en instintos todo lo que se llama un ordinario.

El mucho llorar y el poco comer fueron encanijando de tal suerte á la infeliz mujer que al cabo se puso materialmente en la la espina. Todo lo contrario le acontecía al marido, quien engordaba que era un contento, y el color del rostro se le iba encendiendo cada dia màs; sólo que la gordura no era frondosidad sino hinchazón, y la hermosa robicundez no era tampoco signo y pregón de rica salud, sino el efecto de la sangre, que atropellada por el mucho licor, se extravasaba de las venillas y formaba, príncipalmente sobre la nariz,un ingenioso culebrilleo de rayitas coloradas y violáceas.

Juana, que ya no se atrevia á censurarle, de un modo directo y franco el más feo de sus vicios, solia hacerlo por medio de indirectas, como sucedía cuando estando ella, tarde de la noche, remendando y zurciendo á la luz de la làmpara, aparecióse él en la casa haciendo eses y otras caprichosas figuras geométricas. Juana, sin levantar la cabeza ni quitar de su costura la vista, cantaba á media voz coplejas inocentes como esta:

Todo el que bebe aguardiente
Lo tengo pronosticado,
Que ha de morir de repente
Con el estómago hinchado.

Chabacana, si se quiere, será la forma poética de este rimado pronóstico, pero, en cuanto á infalibilidad, pocos le superarán. Digalo sinó, el hecho que vamos a registrar y fué que el marido de Juana, el dia que menos se lo imaginaba, reventó, quedando ella por virtud del accidente, tan viuda como de desearse era.

Opinan algunos, que la mujer que enviuda de mal marido no debe volver á casarse, por que para escarmiento con una vez basta, pero otros son de contrario parecer, fundándose en que siempre vence á la suerte quien porfia, siendo asi que no habria jamás gananciosos en el juego ni victoriosos en la guerra, si al primer revés renunciase al azar el jugador y á la gloria el soldado.

No pensaba de este último modo Juana. Por nada en el mundo, asi se lo rogaran frailecícos descalzos, volveria ella à apuntar en ese peligroso albur, el cual resultaba siempre para la mujer, en aquello de: si ganas pierdes, y sinó perdiste.

– No faltaba más, después de lo que me ha sucedido: se decía Juana.

Y la pobre se pavoneaba de su cara libertad.

La libertad! No la llamarán, como se la titula: supremo bien de las criaturas, si además de dar satisfacción al espíritu con la conciencia del absoluto señorío de si mismo no extendiese tambien à la parte fisíca de ellas su influencia regeneradora, cual sucedió en el caso de Juanita, quien á medida iban pasando los dias del luto, se le parecian, como antiguos amigos alejados en los malos tiempos y vueltos en los de recobrada prosperidad, uno á uno aquellos hechizos que la hicieron tan solicitada de amadores del periodo de su solteria; con la ventaja de que debido al más ámplio desarrollo con qne la vida marital favorece á la mujer, las lineas de su trazo escultural eran ahora mas agraciadas, y las redondeces y llenos de todo su cuerpo, más opulentos y harmónicos. ¿Y qué decir también de dos hoyuelos preciosos, que al igual de otros encantos, habian desertado, y que tornaron à instalarse como dos huellas de la tentación á cada un lado de su fresca boca? Todo esto y el bello color de rosa con que la nueva vida iluminó sus mejillas, hicieron de Juana la fruta sazonada y provocativa que entre los apreciadores del ramo se conoce con el sujestivo nombre de «viudita picante.»

Hicieron la rueda al momento los apasionados de este género, y uno de ellos, al parecer más erguido que los otros, se le declaró en toda forma, ancioso de disfrutar de la rica herencia de la hermosura dejada «ab intestato» por el difunto,

¿Porqué razón extraña á los firmes y certeros fundamentos de la lógica, porque motivo insólito, que viene á echar por tierra, como si fuera una deleznable fábrica de barajas la diamantina muralla de noés rotundos que Juana habia construido al de rredor del codiciable tesoro de su persona no rechazó ella el asalto de este osado pretendiente.

Verdad es que la jóven no echó cobardemente el puente levadizo, pero si izó bandera de parlamento. Es decir, que reflexionó y reflexionar en un caso como éste, es casi como firmar el préambulo de una capitulación.

Debilidad, dirán los rigurosos moralistas. ¡Qué debilidad ni qué demonios! Lo que sucedió con Juana en aquella ocasión; y lo que sucede siempre, señores, es que la naturaleza no es elemento plegadizo à las leyes ni resoluciones de la conveniencia por más que la dicten en pleno Congreso todos los graves atributos del alma y cuando menos se piensa, está ahí que natura se revela y se luce, Juana se enamoró con ese segundo amor, màs humano, más sábio y poderoso que el primero, si hemos de creer á los autores que nos ilustran en la materia.

Desgraciadamente florecían en este segundo novio de Juana, todas las máculas y resabios de su ilustre predecesor, y algunas otras más; aunque parezca imposible. Da dolor el decirlo así, porque el hecho de haberse fijado Juanita en tan connotado perdulario no recomienda en lo mínimo ni el buen gusto, ni el buen criterio, ni el buen nada de la simpática jóven, sobre todo, lloviendo sobre mojado, como se sabe que llovia, pero es fuerza consignarlo, pues si fuéramos á andar con recortes y disimulos en los hechos principales de esta hístoria, no aparecerian jamás en ella las peregrinas campanas, de las cuales hemos prometido decir lo que en ocasiones dicen.

Nicanor BOLET PERAZA.

(*Continuará*)

Nueva York, Enero 20 de 1898

MIS PRIMITAS

Para Rosario y Adelina Ibarra.

En una casa de campo
hay dos ángeles del cielo,
que son el grato consuelo
de un matrimonio feliz;
dos niñas, dos querubines
entre los cuales quienquiera
todo el sentido perdiera
si tuviera que elegir.

—

La primera, la mayor,
de caucásica figura,
es una bella escultura
sin un rasgo desigual:
tiene muy negros los ojos
expresivos, decidores,
y và derramando amores
con su boca celestial.

—

En sus flexibles maneras,
en su altanero mirar,
bien se deja adivinar
una alma muy superior;
alma flexible y constante,
sincera, franca, imparcial,
soñadora y virginal,
un tesoro de candor.

—

Sus cabellos cual la noche
renegridos y sedosos,
alicientes poderosos
son de dulce desvarío;
de tres sílabas el nombre
tiene màgico esplendor:
es el nombre de una flor
abierta al borde del rio.

La más jóven de las dos
es una rubia mimosa,
muy delicada y hermosa,
de perfil anglo-sajón.
Tiene dulce la mirada
de sus ojos semi-claros
que son atrayentes faros
y despiertan la ilusión.

—

Su blanca y rosada piel
deja ver bien pronunciadas
unas venas azuladas
que no envidian al pincel;
tiene su boca pequeña
labios rosados y finos,
y sus cànticos son trinos
de canarito hamburgués.

—

Más aún puedo añadir,
y es que Dios la señaló,
pues el rostro le adornó
con un gracioso lunar.
Es un conjunto armonioso
de prendas angelicales
y de tan castos modales
que cautivan sin cesar.

—

Viven juntas, son hermanas,
son dos ángeles del cielo
y son el grato consuelo
de un matrimonio feliz.
¡Quiera el variable destino
conducirlas sin rencores
por entre sendas de flores
de sonrosado matiz!

VICENTE MAGALLANES.

Florida, Marzo 3 de 1898.

CHINA

(DE MI LIBRO DE MEMORIAS)

Cuando la conoci, quise saber su nombre, pero nadie supo darme razón de él; ni imaginacion trabajaba inutilmente por adivinarlo. Yo creia haberlo oido á alguien, en alguna parte, no se cuando, sin duda seria en sueños, rebuscaba en mis recuerdos, revolvia mi memoria y.... nada, siempre lo mismo, y yo piensa que piensa.... vamos me dije al fin, la bautizaré con uno que la convenga.... la llamaré Filis? no, la dulce pastorcita creada por la fantasia del poeta, tenia negros los ojos.... y mi Filis, azules como el cielo los tiene; Circe? tampoco, sus sentimientos perversos, perjudicaron tanto á Ulises y tan fatales fueron á sus compañeros.... y á mi Circe, la creo en posesión de los mas bellos; Medea? menos, al asesinar á sus hijos, demostraba peores sentimientos que aquella, Elena; cuyo rapto llevado á cabo por Paris, hijo del rey de Troya, reaccionò aquel homérico sitio, el mas heroico de las guerras médicas?.... no, no; vaya, no encontraré uno apropósito? Lucrecia? no me gusta; Virginia? es muy vulgar; Amanda?.... Ah! ya le tengo, al fin, la daré el nombre sagrado de la casta esposa de José la virgen madre del Redentor del mundo, Si la llamaré Maria; es decir me diré á mi mismo, «esa que admiras y que tan propenso à amar te hallas, es *tu Maria*» y tan satisfecho....

Bien, ahora que ya la he buscado un nombre con que la pueda llamar en los momentos que mi fantasia la traiga à mi mente, y pueda entregarme al inefable placer de hablar con ella,—aunque sea imaginaria mi conversación,—puedo arrobarme en la reminiscencia, que me trae aquel dia feliz en que tuve la dicha inmensa de conocerla.

Y digo «la dicha de conocerla» por lo que mas adelante se verá.

Era en una tarde deliciosa de Diciembre y en vísperas de Navidad, cuando tras nuestro magestuoso Cerro, se escondia el rubio astro rey, tiñendo las cúpulas de la Catedral y de la Concepción de cambiantes dé oro que reflejaban en los azulejos que coronan las torres, como en las movibles aguas del Plata, cuando sus rayos juguetean sobre las ondas; las blancas nubes que mansamente corrian allá en el ocaso,—ímpelidas por la suave brisa vespertina, caldeada por el sol,—como una bandada de gaviotas inmensas que se dirigen á sus nidos, volando perezosamente, teñianse de rosa pálido, como si recibieran una lluvia de fuego, que se encargara de trasmitir un poderoso reflector, à la distancia.... y ella estaba en la puerta de su modesta casita, alli en medio del ambiente puro que aspiraban con delicia los pulmones sanos, jugueteaba en sus hermosos labios del color de los claveles que abren por San Juan, una sonrisa de serafin, que dejaban entrever dos hileras de preciosos dientes, como granos de maiz morocho, formando á cada lado de su bella boca dos hoyuelos retozones capaces de enloquecer á un hipocondriaco, y en sus ojos color de cielo, pero de cielo otoñal, de azul grisáceo, reflejábase el candor y la ingenuidad, sirviendo de marco á su bien ovalado rostro, una cascada de rubios cabellos sedosos y brillantes, que se esparcian por su tersa frente despejada, y por su blanca nuca, convertidos en risos rebeldes, à sus dedos de rosicler, que en vano trataban de apartarlos de su rostro, para que no le incomodaran, ni hicieran sombra à su blancura de plumon de cisne.

Y me miró... pero como quien mira algo que no es digno de atención, pero yo fijé audazmente mi mirada en su bellos ojos, por lo que ella, viendo mi insistencia, mirome de nuero, y.... me crei transportado al séptimo cielo de que nos habla el profeta....; mi soñadora mente volvió à su ocupación favorita... soñé despierto y caminando!!, con la hermosa niña que me habia cautivado y me consideré feliz, al hacerme la ilusión de que era amado por ella; y dejé de soñar para volver à la dulce realidad; logré al fin hacer fijar en mi su atención, y pude al cabo de algunos dias, vencer su indiferencia, con marcadas manifestaciones de simpatía.

Mi timidez natural, me obligó á permanecer en silencio, y no decirla una palabra acerca de los sentimientos que embargaban mi alma. Al principio, creí que no la era del todo indiferente, pero mas tarde llegué à pensar que se burlaba de mi, no me tengo por un Tenorio, pero debo confesar que mi amor propio se hallaba en extremo resentido.

Yo la veia todas las tardes á la puesta del sol y durante las primeras horas de la noche y aunque tuve varias oportunidades, nunca mi atrevimiento osó, hasta llegar á declararle mi amor.

Un dia hubo en que no pude verla: si estarà enferma? me dije; y durante el resto de él, pasé muy triste pensando en mi Dulcinea. Pero los dias transcurrian y no volví à verla.

Asi pasó un mes; crei que se habia burlado de mi, y echábame en cara mi falta de resolución, y mi inexperiencia en esta clase de asuntos.

Pero me engañé, mi buena estrella asi lo quiso. Ya me habia resuelto á no ocuparme mas de ella, aunque inutilmente, cuando la vi de nuevo.

Sin vacilaciones de ningún género y dispuesto á jugar el todo por el todo, venciendo mi timidez habitual, á la primer ocasión propicia, me detuve ante ella y con todo el ardoroso fuego que puede sentir un alma enamorada, confesele mi amor y los sufrimientos ocasionados por su desvio; ella al parecer se conmovió al referirle mis cuitas, y con voz argentina que resonó gratamente en mis oidos, pronunció aquel *si* que yo ya habia escuchado en mis sueños de amante irresoluto.

Si, me amaba! tambien ella me lo confesó con voz apagada, por la emoción y los mismos pensamientos que me atormentaban eran los que tambien á ella afligian!

Poco despues oia de sus labios, el nombre que tanto me había preocupado,—pero no era el de aquella cuyo hijo murió por redimirnos; sus amiguitas la designaban con otro mas cariñoso: la llamaban China! que aberración! denominar china, á una criatura tan blanca y tan rubia como una hija del Norte!

Desde entonces mi alma, habiendo encontrado otra que la comprendiera, se entrega á las expanciones mas dulces, y no alienta mas que para amar, recibiendo por su constancia y por su cariño, el premio de una tierna correspondencia.

Y.... para que negarlo? Soy tan feliz...!

AMERICO S. MANCEBO.

Montevideo, Marzo 5 de 1898.

KOMM ZUM FELDE

Siempre á mi Juanita.

Ven, oigamos la música del campo,
Contemplemos las flores de la selva;
No hay nada como amarse con delirio
Entre el dulce rumor de la pradera.

Ven, hollemos el verde terciopelo
De la hermosa y feraz naturaleza;
El amor está aquí, ¡alma de mi alma!
Aquí vive la rubia primavera.

Ven, oigamos los trinos del jilguero,
El susurro del aire en la alameda,
El arrullo de la onda del riachuelo
Que entre alfombra de flores serpentea.

Yo te quiero contar cómo se adoran
Los lirios y las vírgenes violetas,
Y decirte el lenguaje con que se hablan
Las aves y las pàlidas estrellas.

Y después de mirar tantas ternuras
En las flores en el rio y en la selva,
Confundidas por siempre nuestras almas
Y juntas nuestras lànguidas cabezas,

Que se acerquen tus làbios á mis lábios
Y que se oiga una música más bella.
La música divina de los besos
Que no tiene rivales en la tierra.

WERTHER.

Prado de Montevideo, Marzo 5 de 1898.

EL LIBRO

EL libro tiene siempre su objeto, su influencia, es el amigo discreto que se anuncia dulcemente en la casa y luego se impone en ella como un seductor. Antes de retirarse de las bibliotecas y tomar lugar al lado de sus hermanos envejecidos ya, reina sobre las mesitas de bambú ó de *bois de rose*, en los salones.

Se le lleva consigo en viaje, bien acojido por doquiera, dificilmente rechazado, procura el olvido momentáneo de las pequeñas tristezas.

En esta época, el libro se ha vuelto de formato tan reducido, que estorba poco, á pesar de su tropa de actores, de personajes agitados, y de su escenario decorativo brillante.

A más, os arranca á las esterilidades de la vida diaria, á la prosa de la labor material, y os transporta à las regiones del ensueño. En eso se encuentra su encanto y á veces su peligro.

La novela tiene poder extraordinario sobre ciertas naturalezas; arrastra y convierte. Como las flores, tiene sus perfumes penetrantes, embriagadores, que producen vértigos, alucinaciones. Armarse contra esos efectos es siempre útil. Efectivamente, los que durante varios años han ido á la escuela de la verdad, de lo posible, no tienen nada que temer, aquellos que juzgan, sobre todo la forma, la claridad del estilo, la solidez de la trama, la exactitud del hecho citado, del retrato dibujado, no pueden menos de sentirse tranquilamente conmovidos cuando hay lugar. Pero la juventud, sensitiva que no sabe casi nada, perdería, quizás su felicicidad, su paz inalterada, al leer demasiado temprano, libros inquietos, febriles, colecciones de análisis profundos y de psicología atormentada, que desconciertan á los sencillos.

Estoy lejos de criticar el libro de génio huraño, sincero, leal, que, sin cuidarse de las polémicas que sugiere, se impone á las clases intelectuales con admirables asperidades, lo aprecia, al contrario, pero no está hecho para los jóvenes que aprenderan, tarde ó temprano, «á costas suyas», que la vida no es lo que parece ser cuando se cuenta poca edad. La experiencia viene para todos los que la naturaleza deja vivir y envejecer, no hay necesidad de apresurarla, puesto que suele traer con ella, demasiado à menudo, amarga decepción.

Existen muchos libros, que no pueden leer los cándidos y los niños; pero numerosos autores han querido y quieren todavia vivir con la juventud, por lo cual amoldan sus escritos; apóstoles del bien, de la virtud, son amables cantores de las flores, de los cariños puros y de los sentimientos elevados, que si no escriben según las leyes de la cruel y despiadada verdad, predican y enseñan, al menos, lo que debería ser. La lectura de estos libros es sana para el alma y puede preceder la plegaria sin disminuir el fervor de ella.

Se puede elegir un gran número de lecturas provechosas: esta elección pertenece á la madre, à la hermana mayor ó á la intitutriz, si la madre no existe ya.

Si es útil fijarse bien en la índole del libro abandonado á las tiernas inexperiencias, á las imaginaciones adolescentes, no es menos necesario cuidar las imaginaciones mismas; pues si algunas no están turbadas por el violento perfume de las lilas y de las rosas púrpuras, otras se embriagan y desfallecen al expirar el exquisito perfume de las violetas de los bosques. Es preciso que el caràcter del libro y el espíritu del lector sean susceptibles de entenderse, de ponerse de acuerdo, y que de este acuerdo no pueda resultar sino algo de bueno y provechoso.

Indudablemente, hay que cuidarse del efecto del libro. Lo repito, tiene grandes influencias. se haría un gran volúmen al analizarlas y al desarrollarlas. El libro ha hecho máximas, escuelas, revoluciones, dinastias; es un soberano á su manera; sabe hacerse dueño del lugar que ocupa. Un buen libro seduce, encanta, ilusiona, haciendo creer que no hay nada tan lucido como la vida, que no hay nada mejor que los hombres. De un rasgo borra los pequeños rencores, destruye las preocupaciones morosas. Parece que el alma rejuvenece en esta atmósfera.

Pienso que si se hiciera, á menudo, lecturas sanas, se alcanzaría altos grados en el perfeccionamiento humano.

M. D. V.

NOTAS

Despues de quince dias de suspensión involuntaria de este periódico y vencidas las dificultades con que se tropezaba para editarlo en mejores condiciones artísticas y con la puntualidad debida, hoy vuelve á aparecer nuevamente á la luz pùblica.

Las mejoras artisticas ya tendrán ocasión de observarlas muy en breve nuestros protectores. Respecto á la puntualidad en la aparición de cada nùmero, es suficiente garantia el hecho de haberse encargado de la Administración el señor don Josè Vidal, cuyo celo y actividad son bastante seguridad para la buena marcha de la revista.

De la Secretaria de Redaccion se ha hecho cargo el joven poeta Eduardo Gandolfo, cuyas delicadas producciones han hecho conocidisimo el seudónimo con que las oculta y el que no revelamos por no herir su modestia.

Dos poderosìsimos factores ha recibido LA VIDA MONTEVIDEANA con el ingreso de dichos señores.

***

Llamamos la atención de nuestros Agentes y suscritores sobre la dirección del nuevo local, que en calidad de provisorio ocupan actualmente las oficinas de la revista.

***

Con el fin de evitar varios abusos de que era victima la Administración de esta revista, publicando la pieza de música que regala mensualmente conjuntamente con el primer nùmero, se ha resuelto que dicha pieza de mùsica se publique con el último número de cada mes. Con esto no pierden nada nuestros favorecedores y ganamos nosotros.

***

La Administración de este periódico agradecerá á los señores Colaboradores; Agentes, Avisadores y Suscritores se sirvan avisarle cualquiera irregularidad que noten en el servicio del reparto del mismo, para subsanarlo de inmediato. Así mismo se atenderán todos los reclamos que se reciban por faltas de ejemplares atrasados.

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427